

lanca que vuelca hacia el abismo todos los poderes negativos anteriores y rescata de la muerte a todos los muertos. Y ése es el verdadero y profundo sentido teológico del artículo del Credo: «Y bajó a los infiernos».¹⁵ La redención sólo es verdadera cuando es de todo el hombre y de todos los hombres. La justicia divina no es real en la resurrección de Jesús si no se extiende a la historia anterior: la de todos los muertos, todas las víctimas, todos los crucificados.

Sólo esta victoria hace justicia a la historia real, que es de vivos y muertos, de víctimas y verdugos. Por ello redención no es una mejora actual de la situación económica o política ni una promesa o verosimilitud de un futuro mejor. Allí donde el pasado no es rescatado de la injusticia y de la muerte, allí no se puede decir con razón que existe redención. Y nada más inmoral que pensar la vida para los vivos y la muerte para los muertos.¹⁶ Desde Tertuliano en el siglo III hasta Moltmann en nuestros días, se han repetido las fórmulas clásicas y a la vez escandalosas del cristianismo: «Deus natus, Deus passus, Deus mortuus, Deus crucifixus».¹⁷ Los hombres hemos tardado mucho en aceptar que Dios pudiera ser humano como nosotros, sin que ello supusiera la anulación de su divinidad. En realidad la encarnación supone la verificación suprema de esa divinidad en cuanto creadora, haciendo surgir libertades reales, y dándose a ellas como alteridad dialogante. La cruz de Cristo es así el lugar de verificación de Dios como Amor y no sólo como Poder, como Perdón y no sólo como exigencia, como Libertad capaz de asumir el sufrimiento y no sólo como distancia a los límites de la creatura. En la cruz Dios tiene destino, padeciéndolo como poder ciego de la historia; pero lo sufre consciente desde su libertad y voluntad de mostrar real su amor al hombre. Ese amor, sólo anunciado desde fuera, nunca sería creíble; en cambio, afirmando en el silencio desde dentro, no necesita palabras explicativas.

Tal es el fundamento de la fascinación que Cristo, en su encuentro con el hombre, ejerce sobre la historia humana, la que ha ejercido sobre cada uno de nosotros en el encuentro originario que nos hizo posible la fe, versión primera de él, y luego en la conversión definitiva. Encuentro permanente en el que se ejerce renovada su capacidad de seducción. Porque acendra nuestra *memoria Dei metafísica*, crea nueva memoria histórica desde una y otra sumadas funda aquella real esperanza, que alimentándose en la fe, vence al mundo. La fascinación que ejerce Jesucristo sobre los creyentes es una consecuencia de su condición divina, de su solidaridad humana con nosotros, de su capacidad para suscitar libertad desde el amor y para poner nuestra vida en los mismos caminos que él la vivió: de obediencia incondicional y filial al Padre, de solidaridad incondicional y fraternal con los hermanos. Sólo acudiendo a la experiencia profética y a la experiencia poética o artística podemos sospechar algo de lo que es esa seducción. Ella es a la vez enardecimiento y agotamiento, exultación por haber descubierto un mundo

¹⁵ En la experiencia cristiana individual y litúrgica, esa parte del destino de Cristo, que comparte la muerte de los muertos hasta superarla «yendo» al lugar de su muerte, es decir sufriendo lo que ella significa como acción padecida y no sólo como punto final de la vida, ha ido siempre asociada al sábado santo. Por ello el contenido real de ese artículo del Credo: «bajó a los infiernos» hay que buscarlo no sólo en los comentarios de dicho paso, sino sobre todo en la liturgia y homilias del sábado santo. Cfr. J.M. Sánchez Caro, El misterio de una ausencia. Ensayo sobre el Sábado Santo, en Revista Católica Internacional *Communio* 1 (1981), 40-54; S. Sabugal, El Credo de los Apóstoles. Antología de textos (Zamora, 1987).

y susto de haber sido sustraído al mundo conocido y dominado, gozo de contar con otra realidad personal y dolor de ya no poseernos en exclusividad, traspaso a otro universo de realidad que nos desborda sin que nosotros podamos enseñorearnos de él, y al que ya no podríamos renunciar, ni olvidar, ni arrojar de nuestra presencia.¹⁶

La experiencia religiosa en Jeremías y la experiencia creadora en Rosalía de Castro, A. Machado o el Greco son universos de realidad en los que actúa un fuego abrasador ardiendo dentro de los huesos y que se no puede apagar porque fuego ya son los mismos huesos. Es la espina dorada, que si una vez hubiéramos arrancado querríamos volver a tener clavada en el corazón. Es la luz que una vez divisada viviremos toda la vida recordando para traspasarla al lienzo como el Greco en sus cuadros, y que parecen tan irreales porque viven a la búsqueda de aquella otra Luz, en la que las cosas son originarias y definitivamente reales.¹⁹

Sólo Dios, concreto y humillado en Jesús (Guardini), la Belleza, y la Gracia, ni siquiera la Verdad (Pascal), hacen libre al hombre, porque sólo ellos en gratuidad absoluta le transfieren a un universo de realidad sana, santa y santificadora²⁰ y aún cuando el hombre sea pecador, egoísta, sucio y violento sabe que Dios, la Belleza y la Gracia,

¹⁶ El signo particular de la redención tiene que tener una universalidad interna y eficaz, por tanto no sólo hacia el presente y futuro prometidos, sino hacia el pasado recuperado. Por eso el hombre, que se sabe atado al lugar y tiempo insuperables, ha anhelado lo totalmente otro y distinto como la única fuente de redención universal y personal definitiva: de vivos y de muertos. Una justicia absoluta reclama un redentor divino, soberano de la historia, capaz de engendrar ser y libertad, sin violentar a los hombres libres y así hacer justicia a quienes vencieron y a quienes sucumbieron. El problema de la justicia y de la redención se plantea ante todo ante los muertos, que fueron todos y seremos todos: «Keine innerweltliche Besserung reicht aus, den Toten Gerechtigkeit erfahren zu lassen». Th. Adorno, *Negative Dialektik* (Frankfurt, 1977), 376. Cfr. M. Horkheimer, *El anhelo de lo totalmente otro* (Salamanca, 1980).

¹⁷ Este pensamiento corre como un hilo de oro a través de los dos trabajos de Tertuliano: *Apologeticum* (197) y *de Carne Christi* (210), y en Agustín, especialmente en sus Sermones.

«An ideo passiones a Christo non rescidisti (se refiere a Marción) quia ut phantasma vacabat a sensu earum? Diximus retro aequae illum et nativitatem et infantiae imaginariae vacua ludibria subire potuisse. Sed iam hic responde, interfecto veritatis, nonne vere crucifixus est Deus? Nonne vere mortuus et crucifixus? Nonne vere suscitatus et vere scilicet mortuus? De Carne Christi V, 2. La referencia inicial de este pensamiento son los escritos de San Juan, contra el gnosticismo y docetismo incipientes, y luego la afirmación explícita de San Ignacio de Antioquía: «Dejadme que imite la pasión de mi Dios» (Carta a los Romanos 6, 3). Cfr. J. Moltmann, *El Dios crucificado* (Salamanca, 1978).

¹⁸ Es la dialéctica eterna, genialmente revivida por San Agustín en sus Confesiones: tensión entre su absoluta proximidad y alejamiento, manifestación y sustracción («Tu autem altissime et proxime, secretissime et praesentissime: VI, 3, 4); entre interioridad y exterioridad («Tu autem eras interior intimo meo et superior summo meo»: III, 6, 11); entre atracción amorosa y horror que crea distancia («Et reverberasti infirmitatem aspectus me radians in me vehementer, et contremui amore et horrore: et inveni longe me esse a te in regione dissimilitudinis»: VII, 10, 16); entre interior herida que sin llagar percute el corazón amorosamente y a la vez crea pavor («Quis comprehendet? Quis enarrabit? Quid est illud quod interlucet mihi et percutit cor meum sine laesione? Et inhorresco et inardesco: inhorresco in quantum dissimilis ei sum, inardesco in quantum similis ei sum»: XI, 9, 11).

¹⁹ Jeremías 20, 7-18 («Tú me sedujiste, oh Yahvé, y yo me dejé seducir... Y aunque me dije: No me acordaré de él, no volveré a hablar en su nombre, es dentro de mí como fuego abrasador, encerrado dentro de mis huesos y me he fatigado por sofocarlo pero no puedo»); R. de Castro, *Obras Completas* (Madrid, Aguilar, 1968), 418-419 (Una-ha vez tienen un cravo); A. Machado, *Poesías completas* (Madrid, Espasa Calpe, 1963), 31 («Yo voy soñando caminos... Aguda espina dorada, / quién te volviera a sentir / en el corazón clavada»).

²⁰ «Si alguien nos preguntara: ¿Qué es seguro, tan seguro que podamos entregarnos a ello a ciegas? ¿Tan seguro que podamos enraizar en ello todas las cosas? Nuestra respuesta será: El amor de Jesucristo... La vida nos enseña que esta realidad suprema no son los hombres, ni aun los mejores ni los más amados; ni

son su destino²¹ y cuando alguien las ha hecho resplandecer en su vida no podrá olvidarlas. Jesús mantiene significación histórica permanente porque en él coinciden estas tres realidades: Dios, la Belleza, la Gracia. Todo lo demás termina siendo derivado y por tanto secundario en la búsqueda. Sólo la Belleza y la Gracia le fascinan porque le ofrecen todo y no le exigen nada, responden a su hambre suprema, y le hacen posible vivir con aquella dignidad y decoro, que son lo más necesario de la existencia.²² Ahora se entiende que San Juan de la Cruz tenga una palabra para hablar siempre de Dios: «Hermosura». Sus poemas, cumbre de la experiencia mística y de la creación poética, no hablan de otra cosa que de la fascinación que ejerce la hermosura del Rostro de Dios, traspareciendo en los semblantes plateados de todas las creaturas y sobre todo destellando desde la cruz de Cristo, en cuya deformación nosotros hemos descubierto y recuperado nuestra real forma.²³ Hermosura divina y desgarramiento divinos en la cruz de Cristo son los dos juicios del cristianismo y por eso, conjugados en su doctrina y vida son los dos polos de la mística sanjuanista.²⁴

El hombre tiene historia porque es capaz de trascendencia. Desde ella tiene posibilidad de libertad en el mundo y frente al mundo; siendo con el prójimo y trascendiéndole; es decir, para que pasando por él y traspasándole pueda abrirse a un Absoluto de amor, perdón y futuro que llamamos Dios. La historia es así la resultante necesaria de la capacidad metafísica y de la indigencia teológica del hombre. Por eso sin plantear los problemas del ser y la cuestión de Dios no es el hombre humano.

Esa historia y esa libertad se manifiestan en el tiempo por consiguiente como capacidad de eternidad. La estructura de la vida humana se apoya y despliega sobre esos dos tramos fijados en cruz y crucificadores: arraigo en la temporalidad hasta el punto de percibirla como lo esencial de nuestra existencia, a la vez que despego sobre ella, para que

la ciencia, la filosofía, el arte o las otras manifestaciones del genio humano; ni la naturaleza tan profundamente falaz, ni el tiempo ni el destino... No es siquiera Dios sencillamente, puesto que nuestro pecado ha provocado su ida. ¿Cómo sabríamos además sin Jesucristo lo que hemos de esperar de él? Sólo el amor de Jesucristo es seguro. No podemos decir siquiera: el amor de Dios, porque a fin de cuentas, sólo por medio de Jesucristo sabemos que Dios nos ama. Y aunque lo supiéramos sin Cristo, de poco nos serviría, porque el amor puede ser también inexorable y más duro cuanto más noble. Sólo por Cristo sabemos a ciencia cierta que Dios nos ama y nos perdona». R. Guardini, El Señor (Madrid, 1958), II, 174-175. A esa misma convicción remite Pascal con sus frases cortadas: «Il fallait que le Christ souffrit. Un Dieu humilié», Pensées, 683 (Ed. Brunschvicg).

²¹ Esto es lo que constituye el enigma del hombre: que sabiendo que necesita a Dios no puede vivir sin él, y sin embargo se vuelve contra él. «Si l'homme n'est fait pour Dieu, pourquoi n'est-il heureux qu'en Dieu? Si l'homme est fait pour Dieu, pourquoi est-il si contraire à Dieu? Pascal, Pensées, 438.

²² Este es el sentido de toda la obra genial de Hans Urs von Balthasar. Cfr. O. González de Cardedal, La obra teológica de H. Urs von Balthasar, en Revista Católica Internacional *Communio* 5 (1986), 510-541.

²³ «Por causa de ti para hacerte posible la fe se ha hecho Cristo deforme, pero permaneciendo hermoso. Después de nuestro caminar se le verá hermoso entre todos los hijos de los hombres (Sal 44, 3). ¿Cómo se le ve ahora mediante la fe? Y le vimos y no tenía belleza ni hermosura; su rostro era despreciable y deforme su semblante. Este es su poder: despreciable y deforme, hombre lleno de llagas, pero sabiendo soportar las debilidades. La debilidad de Cristo te forma a ti. Si él no hubiera querido ser deforme, tú nunca alcanzarías la forma que perdiste. En la cruz colgaba deforme, pero su deformidad era nuestra belleza. Quedémonos en esta vida con el Cristo deforme». San Agustín, Sermón 27, 6 (BAC, Obras, VII, 429-430).

²⁴ Cfr. H. Urs von Balthasar, Herrlichkeit. Eine theologische Ästhetik (Einsiedeln, 1962), II. Fächer der Stille, 465-536 (Juan de la Cruz) (Trad. española Gloria. Una estética teológica [Madrid, 1986]: Abanico de estilos II, 2. «Estilos laicales).